

EL DECLIVE DEL ZARISMO

THE DECLINE OF TSARISM

Mariano García de las Heras

Licenciado en Historia, especialidad Historia Contemporánea (UCM)

Resumen. La revolución rusa de 1917 representa uno de los episodios más destacados del siglo XX. Este artículo aborda algunas de las cuestiones que conducen a este proceso revolucionario y que desemboca, finalmente, en el triunfo del proletariado y su conquista del poder en la Rusia zarista.

Palabras clave: revoluciones rusas, comunismo, dictadura del proletariado, leninismo, zarismo, Nicolás II, *duma*.

Abstract. *The Russian Revolution of 1917 represents one of the most prominent episodes of the 20th century. This article aims to address some of the issues leading to this revolutionary process which ultimately results in the triumph of the proletariat and its seizure of power in Czarist Russia.*

Key words: *Russian revolutions, communism, dictatorship of proletariat, Leninism, Tsarism, Nicholas II, Duma.*

Para citar este artículo: GARCÍA DE LAS HERAS, Mariano, “El declive del zarismo”, en *Ab Initio*, Núm. 6 (2012), pp. 47-69, disponible en www.abinitio.es

Recibido: 20/06/2012

Aceptado: 24/06/2012

I. CONDICIONANTES SOCIOECONÓMICOS

En los primeros compases del siglo XX asistimos al ocaso del Imperio ruso que, hasta entonces, había fortalecido su posición entre las potencias dominantes del mundo occidental, especialmente a lo largo del siglo XIX. Sin embargo, el proceso de derrumbamiento que experimenta la Rusia zarista es similar a la caída de un castillo de naipes: partiendo de una situación inicial caracterizada por el atraso social y económico, que se mantiene debido al ejercicio de un poder autocrático desarrollado por la figura de los diferentes zares que se suceden en el poder, desemboca en la acción destructora del sistema mediante una serie de efectos contagiosos. De este modo, en la historiografía y en el imaginario colectivo se ha generalizado la idea de comparar a Rusia con un gigante cuyos pies de barro comienzan a deshacerse paulatinamente hasta derrumbarse de manera estrepitosa.

Rusia, a caballo entre el continente europeo y Asia, gozaba de una fortaleza que únicamente se mantenía en apariencia, si bien su poderío resultaba infranqueable para el resto de las potencias europeas. Pero, en efecto, el gigantesco Imperio zarista se definía por el débil arraigo de las políticas liberales que habían proliferado con gran éxito en buena parte del continente europeo y, además, se hallaba inmerso en sus primeros pasos industrializadores. En este sentido,

conviene recordar el peso cuantitativo del campesinado en la Rusia que afrontaba el cambio de siglo.

El desarrollo social de del país, en comparación con el de otros Estados europeos, permite afirmar que el rasgo esencial del desarrollo social ruso era su primitivismo y su lentitud¹. Ahora bien, el apoyo del Estado zarista sobre una base económica exenta de modernidad no impidió que se establecieran relaciones entre el éste y ciertas organizaciones involucradas en la propia maquinaria estatal que habían desarrollado una base económica más estable. El resultado de este acercamiento fue el estallido de una conflictividad que concluye con el planteamiento de dos posibilidades: la destrucción del zarismo como consecuencia de esta pugna, o la adopción de medidas que permitieran la evolución sugerida por las condiciones económicas. En tales circunstancias, el Estado ruso aceptó el primer envite y comenzó a desenvolverse gracias a “un supremo esfuerzo de sus fuerzas económicas”², aunque la maquinaria estatal zarista devoró una cantidad excesivamente elevada de la plusvalía generada y, por consiguiente, comenzó a sobrevivir gracias a las clases privilegiadas que acababan de configurarse. Esta actitud ralentizó, aún más, el lento desarrollo de la esfera económica, y el aparato estatal se lanzó a la conquista del sector campesino, “producto necesario” según Trotsky³, mediante la privación de sus medios de existencia. Así pues, el campesinado fue empujado al abandono de las tierras en las que recientemente se había establecido y Rusia vio frenado el crecimiento de la población y obstaculizó el desarrollo de las fuerzas productivas.

Las clases dominantes, por su parte, presionaron al Estado y lograron convertir sus propios intereses en el contenido de la praxis estatal del zarismo. Esta conducta generó, en opinión de Trotsky, un “muro de separación”⁴ socialmente imprescindible entre las masas de la población y la organización estatal; algo similar, en esencia, a lo que se desprendía de las monarquías medievales. El Estado procuraba aprovecharse de los grupos económicos en desarrollo y subordinarlos a sus intereses financieros y militares específicos, mientras que los incipientes grupos económicos dominantes pretendían servirse del aparato estatal para asegurarse sus prebendas en forma de privilegios de clase. La historia efectiva de las relaciones entre la institución zarista y las diferentes clases sociales estuvo impulsada y determinada por este encuadramiento de fuerzas: el incipiente movimiento obrero, el amplio movimiento campesino y los círculos intelectuales de la pequeña burguesía (la llamada *intelligentsia*) minaban los cimientos del Estado autocrático zarista, si bien la cúspide reflejaba una sensación de solidez capaz de perpetuarse en el tiempo⁵.

¹ TROTSKY, Leon, 1905. *Resultados y perspectivas*, tomo 2, (S.L), Ruedo Ibérico, 1971, p. 147.

² *Ibidem*, p. 148.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*, p. 149.

⁵ POKROVSKI, Mijail N., *Historia de Rusia*, Madrid, 1977, p. 303.

El lapso cronológico comprendido entre la formulación del sistema propuesto por Karl Marx y los acontecimientos que acompañaron a las revoluciones rusas en el siglo XX fue testigo de una enorme intensificación de la productividad, gracias a los métodos de producción en serie que consiguieron revolucionar la economía industrial en el mundo contemporáneo. En este sentido, el año 1870 había demostrado que la nación industrialmente avanzada era, al mismo tiempo, poderosa en términos militares, y un buen ejemplo de ello es la guerra franco-prusiana. El canciller Bismarck infligió una severa derrota al II Imperio francés de Napoleón III, que se vio continuada por el alumbramiento de la nación alemana. En el caso concreto de Rusia, este atraso se había evidenciado en la derrota zarista ante Francia y Gran Bretaña en la Guerra de Crimea, entre los años 1853-1856.

El liberalismo, que tanto había enraizado en las sociedades burguesas occidentales, tuvo su primera oportunidad tras los acontecimientos de Crimea al demostrar que las guerras no podían ganarse sin la asociación con una moderna industria⁶. Este acelerado desarrollo industrial que sufrió Rusia en el último tercio del siglo XIX conllevó una serie de cambios sociales⁷. En definitiva, el poder militar y la prosperidad material estaban estrechamente vinculados a la productividad, especialmente en el último tercio del siglo XIX; no obstante, por vez primera la revolución rusa proclamó explícitamente el objetivo de la producción armamentística y lo identificó con el socialismo⁸.

Las fuerzas sociales dominantes del régimen autocrático ruso, encabezadas por la figura del zar, estaban dispuestas a emprender una serie de medidas reformistas encaminadas a modernizar el país, dirigidas, a su vez, a neutralizar cualquier brote de violencia que pudiera desencadenar un cambio drástico. Al margen del decreto de abolición de la servidumbre en la primavera de 1861 –con la consiguiente liberalización de una potencial mano de obra que se presentaba como un requisito esencial para la transformación de las relaciones sociales de producción–, la reforma agraria no supuso ningún cambio sustancial, ya que el impuesto territorial establecido para que los campesinos accedieran a la propiedad de la tierra era fijado por unos órganos institucionales que se hallaban controlados por los sectores sociales dominantes. Sin embargo, a pesar de mantenerse estos vestigios reminiscentes del sistema feudal, la masiva liberalización de mano de obra se convirtió en un factor de gran trascendencia en el desarrollo del capitalismo industrial ruso, sobre todo en los sectores textil y ferroviario.

Las fuentes de financiación para este incipiente desarrollo industrial procedían de la exacción fiscal del campesinado, pero sobre todo destacaron de manera sobresaliente los empréstitos e inversiones extranjeras, especialmente francesas y belgas, cuyas especulaciones se orientaron a la construcción del ferrocarril y el sector minero. Esta fuente de financiación extranjera provocó la dependencia del

⁶ HILL, Christopher, *La revolución rusa*, Barcelona, 1983, p. 18.

⁷ *Ibidem*, p. 20.

⁸ CARR, Edward H., *1917. Antes y después*, Barcelona, 1970, p.15.

capitalismo ruso y, por tanto, dificultó el fortalecimiento de la burguesía nacional que, en términos políticos, se tradujo en una actitud vacilante y extremadamente temerosa del proletariado emergente del proceso de industrialización que estaba experimentando Rusia.

Vladimir Ilich Uliánov, más conocido como Lenin, escribió, cargado de optimismo a finales del siglo XIX, que “la Rusia del arado de madera y el mayal, del molino de agua y del telar a mano, empezó a transformarse rápidamente en la Rusia del arado de hierro y del telar a vapor”⁹. La intencionalidad de Lenin, de acuerdo con los postulados teóricos establecidos por Marx, se circunscribía a encontrar en la sociedad rusa la capacidad proletaria suficiente para impulsar la transición al socialismo, puesto que en a finales del siglo XIX el entramado social ruso presentaba unos rasgos muy heterogéneos que reflejaban un alto grado de complejidad definido por la combinación existente entre elementos típicamente feudales e ingredientes propiamente capitalistas¹⁰. A esta confusión, se añadía la presencia de múltiples nacionalidades en el seno de Rusia (eslavos –rusos, ucranianos, polacos, bielorrusos–, bálticos, mongoles, armenios y turcos) y en función de ello el gobierno zarista implementó una violenta política de rusificación, con la finalidad de mantener los lazos de cohesión ante el mosaico de pueblos que componían el Imperio.

Al inaugurarse el siglo XX, Rusia mantenía su preponderancia agrícola y sufría un cierto atraso social que impedía el crecimiento económico, determinado por las pautas liberales asentadas sobre el principio de competencia productivo y mercantil. La industrialización, aunque había arrancado en la segunda mitad del Ochocientos, presentaba un pulso lento y limitado a una serie de ciudades que no lograban desprenderse de la dependencia entablada a raíz de las inversiones de capital extranjero. La situación de la economía del Imperio zarista era de tal magnitud que una parte de la historiografía presenta a Rusia como la principal colonia económica internacional.

En el terreno social se atisba una burguesía emparentada con la existente en el Viejo Continente y, al mismo tiempo, se percibe un notable incremento del proletariado industrial. En cambio, el poder zarista se asentaba sobre dos pilares fundamentales: el ejército y la doctrina religiosa propuesta por la Iglesia ortodoxa. Ahora bien, las clases sociales se modificaron al hilo de las reformas suscitadas en la recta final del siglo XIX y las nuevas realidades socioeconómicas advertidas, provocando, de este modo, un cambio en las relaciones sociales.

Políticamente, en los albores del siglo XX, el Imperio ruso mantenía las estructuras anacrónicas de una monarquía absolutista, pues la autoridad del zar no hallaba limitaciones en el ejercicio de su poder. En este contexto histórico, la

⁹ Vid. SANDOICA HERNÁNDEZ, Elena, “Las condiciones revolucionarias”, en VV.AA, *Octubre rojo. Oleadas revolucionarias en Europa (1917-1921)*, Madrid, 1997, p. 13.

¹⁰ RODRÍGUEZ FIERRO, Armanda, *La revolución rusa y el desarrollo de la URSS (1917-1939)*, Madrid, 1991, p. 7.

pequeña burguesía urbana y la *intelligentsia* permanecían aisladas de las amplias bases sociales proletarias, esencialmente compuestas por campesinos y obreros industriales, que sufrían unas condiciones de profunda miseria tanto económica como cultural, pero que simultáneamente experimentaban cambios radicales que favorecían las condiciones propicias para una afirmación revolucionaria. Su enorme relevancia se advierte en los años inmediatamente previos al estallido de la I Guerra Mundial, pues el 75 % de la población activa pertenecía al sector primario¹¹.

II. DEBATE Y PREPARATIVOS PARA ABANDERAR LA REVOLUCIÓN: ¿BURGUESÍA O PROLETARIADO?

Los diferentes grupos que engrosaban la oposición zarista compartían la idea de alcanzar el socialismo de un modo peculiar y, por tanto, las propuestas teóricas de Marx quedaban desbaratadas en el caso de producirse una revolución que lograra implantar el socialismo en un país eminentemente campesino. La ausencia de una burguesía consolidada y la fuerte presencia del campesinado en Rusia, junto con la crítica resultante del negativo desenlace de los procesos revolucionarios que habían sucedido en Europa, y que habían servido para afianzar el papel de la burguesía, indujeron a los grupos opositores a confiar en la capacidad del campesinado para desencadenar un proceso revolucionario. Éste permitiría la implantación de una nueva sociedad sin tener que atravesar la fase económica capitalista, expuesta en el pensamiento marxista, evitando de este modo sus negativas consecuencias. Estos planteamientos correspondían al llamado *movimiento populista*, abanderado por figuras como Alexander Herzen o Mijaíl Bakunin.

Un teórico de la revolución, Georgi Plejánov, se opuso diametralmente a las argumentaciones populistas y aseguraba que el estadio capitalista era ineludible. Plejánov afirmaba que en aquella coyuntura las únicas fuerzas revolucionarias en la sociedad rusa eran la burguesía y la clase obrera, lo que aconsejaba al proletariado a favorecer una revolución liberal que desarrollara el capitalismo para engendrar la crisis de este sistema económico en Occidente a través de su competencia. Esta acción sembraba, en opinión de Plejánov, las condiciones para una ulterior revolución dirigida por el proletariado, que se importaría desde el mundo occidental a Rusia. Así pues, para Plejánov, los campesinos no representaban una fuerza revolucionaria, y esta enunciación se ajustaba a la ortodoxia marxista¹².

Lenin discrepaba del razonamiento de Plejánov sobre la ineludible fase revolucionaria de carácter burgués. El cuestionamiento de Lenin en torno a la cuestión de la necesaria transición mediante una fase capitalista, recogido en su obra *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, publicada en el año 1894, radica en la

¹¹ RODRÍGUEZ FIERRO, A., *Opus cit.*, p. 9.

¹² *Ibidem*, p. 13.

debilidad de la burguesía rusa y la experiencia sufrida por el proletariado occidental, todavía subyugado a la clase burguesa y a la que habían prestado su ayuda para instalarse en el poder allí donde la revolución liberal había triunfado. Además de esto, para el futuro líder bolchevique el grado de desarrollo del capitalismo en Rusia había adquirido tales dimensiones que incluso había corregido la vieja comuna rural, dominada por un campesinado enriquecido donde se apreciaba un proletariado de signo agrícola. En definitiva, la transición al socialismo únicamente era viable a través de una revolución que derribara el zarismo. Ésta estaría dirigida contra la burguesía, entre la que se inscribían los campesinos enriquecidos; de este modo, el protagonismo revolucionario recaía sobre la fuerza proletaria en colaboración con las restantes fuerzas populares. Esta cooperación se materializaría, según Lenin, a través de la actividad propagandística¹³.

En el debate expuesto sobre el peso específico del campesinado, Trotsky enfatizaba la actuación del proletariado industrial de manera similar a la postura adoptada por Lenin; sin embargo, éste planteaba que el campo reforzaba la expansión capitalista y, por tanto, se abría la posibilidad de una alianza entre obreros y campesinos asentada sobre la base de unos intereses comunes¹⁴. En esta posibilidad subyace la idea de la predisposición del proletariado urbano a mantenerse vinculado al ámbito rural debido a la precariedad de sus condiciones de vida, como era el caso paradigmático del proletariado establecido en Moscú o San Petersburgo¹⁵.

En su destierro a Siberia durante los años 1897-1900, Lenin elaboró en su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia* las líneas teóricas que debían guiar la lucha política: proletarios y campesinos estaban en la obligación de realizar de manera conjunta la revolución, sin esperar a que la sociedad rusa se involucrara en una fase capitalista dirigida por la burguesía. En el momento de forjar una conciencia de clase proletaria, Lenin apuntaba que resultaba esencial la creación de un partido revolucionario conducido por unos cuadros dirigentes. Lenin concibió en su exilio la necesidad de configurar un movimiento político que encauzara la revolución y, posteriormente, en el opúsculo *¿Qué hacer?*, el líder revolucionario reflexionaba sobre la funcionalidad del partido y exponía que la imperiosa creación de un núcleo de “revolucionarios profesionales” debía someterse a una disciplina jerárquica¹⁶.

Lenin aseveraba que los trabajadores únicamente desplegarían una lucha sindical, mientras que el contenido teórico que requería la práctica socialista debía ser elaborado por los representantes más cualificados de dicha clase. Para el dirigente revolucionario ruso, al contrario de la opinión de Rosa Luxemburgo, la formación

¹³ LENIN, Nikolai (Vladimir Ilich Uliánov), *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Moscú, cop. 1981, pp. 79-82, (1902)

¹⁴ RODRÍGUEZ FIERRO, *Opus cit.*, p. 14.

¹⁵ SERVICE, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, 2000, p. 30.

¹⁶ LENIN, N., *¿Qué hacer?...*, p. 123.

de un partido fraguaba la lucha de clases (motor de la historia en los planteamientos marxistas) y, por consiguiente, era el único elemento que impedía a la clase obrera caer bajo la dominación ideológica desplegada por la burguesía¹⁷; es decir, la actuación del partido era la vanguardia del proletariado¹⁸ y, al mismo tiempo, era el principal baluarte de dicha clase.

Al finalizar su período de confinamiento en Siberia, Lenin abandonó Rusia y se marchó a Alemania con el firme propósito de iniciar los contactos con los socialdemócratas y fue, precisamente, en el país germano donde comenzó a publicar un periódico, *Iskra* (“La Llama”), que le otorgó un notable reconocimiento. La creación de esta publicación suponía un importante avance por dos razones: como vehículo de difusión ideológica y por motivos organizativos¹⁹. El primer número de *Iskra* vio la luz en diciembre de 1900 y, desde una posición clandestina, se convirtió en el primer elemento propagandístico de la acción revolucionaria. Sus principales objetivos eran la liquidación de la autocracia zarista y combatir los planteamientos populistas²⁰, mientras contribuía a la formación y a la centralización de un partido, cuyos miembros debían ser leales en el plano doctrinal²¹.

Las diferencias de criterio habían cristalizado en la aparición de diferentes organizaciones. Durante el II Congreso del Partido Obrero Social Democrático Ruso (POS DR), celebrado en el verano de 1903 en las ciudades de Bruselas y Londres se produjo la escisión en dos facciones, sin considerar la pretensión formal de dicho Congreso por fundar un partido, lo que resultaba un imperativo que el conjunto socialdemócrata compartía²². En este sentido, conviene señalar que la idea leninista en torno a la creación de un partido no se asemejaba a la concepción asumida en el Occidente europeo, pues el revolucionario pretendía reunir y desarrollar bajo la formación política todas las tradiciones revolucionarias del pueblo ruso, ya que para el propio Lenin la oposición tenía que adquirir un carácter revolucionario²³.

El resultado de la división en el seno de la socialdemocracia rusa fue la aparición de los *bolcheviques* (“la mayoría”) y de los *mencheviques* (“la minoría”)²⁴. El primer grupo compartía las propuestas teóricas formuladas por Lenin con respecto a la férrea organización del partido, y sus objetivos, aunque bajo la concepción de un partido revolucionario elitista, cuya vanguardia estaba compuesta por la clase proletaria con el fin de instaurar la dictadura del proletariado como etapa previa a la eliminación del Estado. Por su parte, la segunda corriente no pretendía

¹⁷ CARRÉRE D’ENCAUSSE, Hélène, *Lenin*, Madrid, 1999, p. 78.

¹⁸ SERVICE, R., *Opus cit.*, p. 38.

¹⁹ HILL, C., *Opus cit.*, p. 63.

²⁰ CARRÉRE D’ENCAUSSE, H., *Opus cit.*, pp. 74-75.

²¹ SERVICE, R., *Opus cit.*, p. 38.

²² CARRÉRE D’ENCAUSSE, H., *Opus cit.*, p. 79.

²³ HILL, C., *Opus cit.*, pp. 66-67.

²⁴ En ruso: *bolshé*, significa “más”, y *menshe*, “menos”.

desbordar los márgenes de la democracia liberal y, en consecuencia, se ajustaba a los modelos organizativos de los partidos socialdemócratas de la Europa occidental, aspirando, además, a conformar un vasto movimiento que respaldara su posición en una lucha electoral. El grupo menchevique buscaba la superación de una revolución burguesa para completar el desarrollo económico generado por el capitalismo y, de este modo, emprender la “transición hacia el socialismo”²⁵.

III. PUNTO DE INFLEXIÓN: AÑO 1905

En Europa no existía ningún Estado que se enfrentara a unos problemas tan acuciantes al comenzar el siglo XX como el caso representado por Rusia que, además, no disponía de los recursos suficientes para afrontar unas posibles soluciones. Para Carlos Taibo, en tales circunstancias entraron en escena tres formaciones políticas que exigían cambios significativos en el panorama que definía a la Rusia zarista: los socialistas revolucionarios, herederos de la corriente populista decimonónica, que consideraban que la anunciada revolución debía estar encabezada por el campesinado; el sector socialdemócrata, que otorgaba ese privilegio al ascendente proletariado; y, un tercer grupo compuesto por los liberales, que reclamaban la promulgación de un texto constitucional que limitase la actuación zarista²⁶.

El zar Nicolás II y sus ministros no apoyaron las propuestas liberales adoptando, no obstante, una política inflexible y extremadamente rígida. Para Prokovski, “los fundadores del imperio ruso fracasaron al intentar ensanchar aún más los límites de ese imperio”²⁷, y añade que “la política internacional de Nicolás II le perdió a él y a toda la dinastía”²⁸. Un ejemplo significativo de esta tendencia fue el giro fundamental que supuso el estallido de la guerra ruso-japonesa por una serie de disputas territoriales en el Extremo Oriente en el año 1904. En el gigante ruso se consideraba que el conflicto se saldaría rápidamente con una victoria en favor de sus intereses; de hecho, en el verano de 1903, el periódico *Nóvoe vremia* aseguraba que la guerra sería un “suicidio” para el país oriental²⁹.

Los brotes revolucionarios comenzaron a aflorar en torno a los años 1904-1905 como consecuencia de dos momentos clave tales como: la crisis económica que asolaba Rusia y el impacto derivado de la derrota frente a los nipones que había convertido a Japón en una auténtica potencia mundial en detrimento de la posición internacional del Imperio zarista. Esto último tuvo importantes efectos en el interior de Rusia, ya que evidenciaba el enorme desajuste del sistema zarista y la realidad social del país; asimismo, aquel enfrentamiento se distinguió por la ausencia de un planteamiento cuidadosamente estudiado y, por consiguiente, vieron la luz los numerosos defectos que caracterizaban al ejército ruso: los

²⁵ SERVICE, R., *Opus cit.*, p. 39.

²⁶ TAIBO, Carlos, *La Unión Soviética (1917-1991)*, Madrid, 1993, pp. 20-21.

²⁷ POKROVSKI, M. N., *Opus cit.*, p. 303.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ibidem*, p. 319.

cuadros de mando declinaban asiduamente el envío de refuerzos, los oficiales de Estado Mayor desconfiaban mutuamente y las fuerzas combatientes se desperdiciaban al remitir a los hombres de mayor edad al frente de batalla.

La guerra ruso-japonesa respondía a las consecuencias lógicas resultantes de la política zarista, cuyo gobierno, en defensa general de los intereses del capitalismo ruso y particularmente del sector metalúrgico, intentaba extender su influencia a la zona de Manchuria y de la península coreana. Además, en la declaración de intenciones del gobierno ruso subyacía otro motivo que impulsaba a la camarilla zarista a provocar un conflicto en el Extremo Oriente: obtener la distracción entre las masas obreras y el campesinado para despertar su chovinismo y distanciar a ambos sectores de la vía revolucionaria³⁰. Esto es, el conflicto bélico suponía un recurso de contención ante el avance del movimiento insurrecto.

El gobierno del país asiático intentó, en un primer momento, entablar negociaciones, y propuso distribuir la zona en esferas de influencia, incluso cediendo a Rusia los derechos sobre Manchuria mientras Japón obtenía lo mismo sobre Corea. Pero el empeño zarista por ampliar las fronteras imperiales negó a los japoneses el derecho a mantener sus tropas en la península coreana y, finalmente, el país nipón rompió las negociaciones diplomáticas; las hostilidades entre ambos contendientes³¹ se iniciaron en la noche del 26 al 27 de enero de 1904. La conclusión de esta confrontación llegó con la firma del armisticio, sellada el 5 de septiembre de 1905, donde el ministro ruso Serguéi Witte lograba un resultado honroso para los intereses zaristas, ya que los japoneses apenas formularon exigencias al ser reconocidos como gran potencia. En cambio, la guerra desatada frente a Japón supuso el primer aldabonazo para el proceso revolucionario, pues el desenlace de este acontecimiento había agravado considerablemente la situación interna de Rusia. Las monstruosas derrotas sufridas por las tropas rusas en los campos de batalla de Manchuria y la creciente impopularidad del zarismo habían avivado el descontento y determinaron la explosión revolucionaria³².

Inmediatamente, el *pope* Georgij Gapon organizó por encargo de las fuerzas del orden zarista una asociación obrera en San Petersburgo con la finalidad de evitar la propaganda revolucionaria entre los trabajadores y combatir la actividad terrorista; sin embargo, el fuerte incremento de los precios en artículos de primera necesidad no ayudó a mitigar los ánimos y, ante el temor de perder a sus afiliados, Gapon organizó una multitudinaria marcha pacífica sin consignas revolucionarias que se dirigió el 9 de enero de 1905 hacia las puertas de la residencia de Nicolás II en el Palacio de Invierno. Las reivindicaciones giraban en torno a la amnistía, los derechos a las libertades públicas, un incremento salarial, la entrega progresiva de la tierra al campesinado (Alexander Herzen ya había anunciado en 1865 que “no

³⁰ SPITZMULLER, Horace W., *Historia popular de la revolución rusa.*, Barcelona, 1932, pp. 92-93.

³¹ *Ibidem*, p. 93.

³² *Ibidem*, p. 94.

hay libertad sin tierras”³³) y la convocatoria de una Asamblea Constituyente mediante sufragio universal. Estas peticiones comenzaban con las siguientes palabras:

“Nosotros, obreros, vecinos de San Petersburgo (...) el despotismo y la arbitrariedad nos abruma. Cuando se colmó nuestra paciencia, dejamos el trabajo y solicitamos de nuestros amos que nos diesen lo mínimo que la vida exige para no ser un martirio. Mas todo ha sido rechazado, tildado de ilegal por los fabricantes. Los miles y miles aquí reunidos, igual que todo el pueblo ruso, carecemos en absoluto de derechos humanos (...) hemos sido reducidos a la condición de esclavos”³⁴.

La represión desplegada por la Guardia Imperial fue durísima y, según los datos aportados por Fernández García, se estima que murieron entre dos y tres centenares de manifestantes, a los que se sumaron más de un millar de heridos³⁵. Spitzmuller relata que a la entrada de Narva la caballería y la infantería arremetieron contra la multitud indefensa, y en la carretera de Schliesselbourg las tropas zaristas abrieron fuego contra los obreros mientras éstos gritaban: “Muramos, compañeros. No se puede retroceder”³⁶. De esta manera, la percepción de la masa popular sobre la figura del zar como benefactor fue sustituida por la imagen de un sangriento tirano³⁷.

En este marco conflictivo, las dos facciones representadas por socialdemócratas y socialistas revolucionarios, cuyas propuestas eran profundamente más radicales que las expresadas por el sector liberal, comenzaron a ganar adeptos gracias al apoyo de una organización de rasgos populares: los célebres *soviets* o Consejos de diputados obreros. La naturaleza esencial de esta institución, según Trotsky, fue la organización de las masas proletarias, la dirección de las huelgas y la entrega de armas a los trabajadores³⁸.

Pocos días más tarde de los sucesos del conocido Domingo Sangriento, a la postre convertido en un acto cargado de simbolismo durante los episodios revolucionarios de 1917, la jornada del 9 de enero tuvo una enorme repercusión en todo el país y el proletariado respondió con una huelga en protesta por la salvaje matanza ocurrida en San Petersburgo, e incluso en Moscú la interrupción se prolongó durante diez días³⁹. Esta paralización se extendió al ámbito rural, donde, a diferencia de lo sucedido en los núcleos urbanos, el levantamiento fue

³³ HILL, C., *Opus cit.*, p. 82.

³⁴ LENIN, N., *Obras escogidas en doce tomos*, tomo VI (Julio de 1916 – Julio de 1917), Moscú, 1976, p. 168.

³⁵ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio, *La revolución rusa*, Madrid, 1990, p. 16.

³⁶ SPITZMULLER, H. W., *Opus cit.*, pp. 96-97.

³⁷ FERNÁNDEZ GARCÍA, A., *Opus cit.*, p. 16.

³⁸ TROTSKY, L., *La revolución de 1905*, Barcelona, 1975, pp. 92-96.

³⁹ SPITZMULLER, H. W., *Opus cit.*, p. 97.

espontáneo y totalmente desorganizado, motivando a continuación la idea de crear una gran asociación revolucionaria campesina que corrigiera tal deficiencia⁴⁰.

Las reivindicaciones abandonaron el sesgo sindical y adquirieron un cariz político buscando limitar el poder absoluto que concentraba la figura del zar. En estas propuestas se implicaron también algunos sectores de las fuerzas armadas, como fue el caso de la sublevación protagonizada por algunas unidades de la flota rusa destacando, entre algunas otras, la detectada en el verano de 1905 y desempeñada por los marineros del acorazado *Potemkin* en Odessa, en las costas del mar Negro, y llevada a la gran pantalla por Sergei M. Eisenstein en 1925. Por su parte, la sedición también alcanzó las filas del ejército, cuyos desmanes iban en aumento y muchos de los soldados se negaban a disparar contra el pueblo⁴¹. Por último, la propaganda revolucionaria comenzó a tener una mayor acogida, y en el marco de la revolución de 1905 la cifra de huelguistas era de aproximadamente 430.000⁴²; si bien estos datos deben tomarse con cierta precaución debido a la fuente que suscribe tal información, lo que sí resulta destacable es que la huelga política de masas desempeñó un papel de extraordinaria importancia.

En definitiva, la fecha de 1905 significó la ruptura de la confianza que el proletariado había depositado en la figura del zar y sembró la primera semilla en la senda revolucionaria. Para Trotsky, los acontecimientos del mes de enero estaban alejados de cualquier previsión y su significación esencial trascendía el simbolismo representado por la marcha hacia el Palacio de Invierno para enfatizar el protagonismo del proletariado como desencadenante de las reivindicaciones políticas mediante la instrumentalización de las huelgas, que logró atraer la simpatía de “toda la población”⁴³. Así pues, aquella fecha fue un hito que constituyó una coyuntura crítica en la conciencia política de la burguesía capitalista.

Las medidas represivas eran en apariencia insuficientes y la posición autocrática del zarismo se encontraba muy delicada. En tales circunstancias, Nicolás II se vio presionado por los sucesivos motines, declaró una amnistía, reconoció las libertades de prensa, reunión y asociación, amplió el derecho de voto (dos tercios de los trabajadores varones residentes en los núcleos urbanos carecían de él) y, tras los acontecimientos de 1905, se incrementaron las atribuciones de la *Duma* (Parlamento), que hasta ese momento tenía un carácter exclusivamente consultivo, sin representación campesina⁴⁴. La revolución exigía un Parlamento con poder legislativo convocado mediante sufragio universal y una Asamblea Constituyente encargada de velar por la práctica de todo este conjunto de medidas; mientras tanto, los campesinos, en su afán por organizarse, propiciaron la creación de la Alianza Campesina, y los obreros configuraron numerosos sindicatos. Esta atomización de organizaciones tenía el común denominador del rechazo al poder autocrático.

⁴⁰ SPITZMULLER, H. W., *Opus cit.*, pp. 97-98.

⁴¹ *Ibidem*, p. 98.

⁴² LENIN, N., *Obras escogidas...*, p. 170.

⁴³ TROTSKY, L., *La revolución...*, p. 74.

⁴⁴ TAIBO, C., *Opus cit.*, p. 21.

En su primera reunión, celebrada en 1906, la Duma fue incapaz de mantener una postura firme. Nicolás II manipuló la reforma proyectada unos meses antes con el objetivo de disolver la cámara parlamentaria y obtener, en 1907, una Duma “más complaciente”⁴⁵ con respecto a sus intereses mediante un nuevo sistema electoral que beneficiaba a los simpatizantes zaristas. Empezó asimismo la persecución de aquellos partidos inclinados en favor de un proceso revolucionario. El zarismo se había visto amenazado e intimidado, y ello había provocado la adopción de las medidas citadas anteriormente en busca de una salida que lograra dividir a la oposición y apartar a la burguesía de la posibilidad revolucionaria. Pero, en efecto, la actitud sediciosa había adquirido tal impulso que a la altura del otoño de 1905 se vislumbraba la polarización entre dos posturas irreconciliables: los defensores del antiguo orden dispuestos a no aceptar más concesiones, y los representantes de la insurrección que reivindicaban al zarismo la entrega total y absoluta de sus posiciones.

En síntesis, los acontecimientos de 1905 habían preparado el camino para la posterior revolución de 1917; es más, en palabras de Víctor Serge, “toda la historia anterior de Rusia no había hecho otra cosa que preparar aquel ensayo general”⁴⁶. La importancia de este primer enfrentamiento contra la maquinaria zarista fue expresada por Leon Trotsky y, en su opinión, fue “el laboratorio en que se planearon todas las agrupaciones fundamentales de la vida política rusa y se proyectaron todas las tendencias y matices dentro del marxismo ruso”⁴⁷. El paralelismo entre ambas revoluciones, según Fernández García, es tan ajustado que al cotejar ambos procesos se difumina la línea historiográfica y, como sostiene la principal línea exegética de la revolución soviética, ha de interpretarse como un proceso social de gran envergadura y duración⁴⁸.

Entre las consecuencias más sobresalientes del año 1905 en Rusia destacan: en primer lugar, la inestabilidad política que se percibe hasta el estallido de la Gran Guerra, donde se inscribe el asesinato del primer ministro Piotr Stolypin en septiembre de 1911; y, en segundo lugar, la entrada en escena como consejero de un personaje envuelto en un enorme misticismo que adquirió una gran influencia sobre la zarina Alejandra, el campesino siberiano Grigori Rasputin. A esto se debe añadir el debilitamiento del poder autocrático del zar y la creación de los *soviets*, aunque las cesiones imperiales ante las demandas liberales disiparon el respaldo popular con el que contaban los sectores revolucionarios⁴⁹. Los partidos que abogaban por la vía revolucionaria fueron apartados de la experiencia parlamentaria y, en consecuencia, los dirigentes que enarbolaban la bandera de la revolución decidieron intensificar su actividad.

⁴⁵ SERVICE, R., *Opus cit.*, p. 23.

⁴⁶ SERGE, Víctor, *El año I de la revolución rusa*, Madrid, 2007, (1930), p. 23.

⁴⁷ Vid. MANDEL, Ernest, *Trotsky: teoría práctica de la revolución permanente*, México, 1983, p. 42.

⁴⁸ FERNÁNDEZ GARCÍA, A., *Opus cit.*, p. 15.

⁴⁹ MILNER-GULLAND, Robin, *Rusia. De los zares a los soviets*, Barcelona, 1990, p. 140.

En este contexto, las diferencias entre mencheviques y bolcheviques se acentuaron tras la experiencia revolucionaria de 1905 y las medidas reformistas aceptadas por Nicolás II para atajarla. Los primeros trataban de permitir el acceso a la dirección revolucionaria de la burguesía, al verse incrementada su desconfianza hacia la fuerza proletaria, y consideraban oportuno apoyarse en el movimiento liberal si éste presentaba ante el zar una serie de reivindicaciones democráticas que respondieran a las aspiraciones de las masas trabajadoras; afirmaban asimismo que la sublevación era burguesa y, por ende, era ella la encargada de dirigirla⁵⁰. Por su parte, los bolcheviques insistían en el carácter reaccionario del liberalismo ruso y consideraban incapaz a la clase burguesa de dirigir la acción revolucionaria⁵¹, aunque la admitían entre la pequeña burguesía y el campesinado, posibles aliados del proletariado. En contraposición a la postura bolchevique, para el líder de los liberales rusos, Piotr Struve, no existía en Rusia “un pueblo revolucionario”⁵². Ante la apariencia de fracaso que sobrevolaba sobre los acontecimientos de 1905, Trotsky se opuso a la opinión de Struve. El presidente del soviét de San Petersburgo, tras analizar los acontecimientos, enumeró las lecciones de la primera revolución frente al poder zarista, siendo éstas las siguientes⁵³:

- La importancia de la capital, cuyo control podría permitir el hundimiento del régimen.
- El contagio de la protesta política en el espacio rural, donde los campesinos vendían sus tierras y se disponían a la revuelta.
- Una derrota militar ofrecía una serie de posibilidades como factor desestabilizador.

El retorno a la autocracia no podía ocultar las limitaciones del régimen, y Nicolás II había visto deteriorado su prestigio por la represión desplegada ante los acontecimientos revolucionarios que se habían producido. Para Lenin, tras el acto revolucionario de 1905, el panorama cambió completamente en apenas unos meses y los centenares de socialdemócratas revolucionarios se multiplicaron hasta convertirse en directores de una fuerza compuesta por dos o tres millones de proletarios⁵⁴. Las fuerzas sublevadas fueron más allá de la fase burguesa-liberal y se encaminaron hacia una revolución permanente más radical, siguiendo la formulación realizada por Marx y recuperada por Trotsky durante la revolución de 1905⁵⁵. La clase obrera se había convertido en el verdadero motor de la insurrección y confirmaba de forma elocuente la predicción de Plejánov: “La revolución en Rusia será proletaria o no será”⁵⁶.

⁵⁰ SPITZMULLER, H. W., *Opus cit.*, pp. 90-91.

⁵¹ *Ibidem*, p. 91.

⁵² LENIN, N., *Obras escogidas...*, p. 169.

⁵³ TROTSKY, L., *La revolución...*, pp. 186-201.

⁵⁴ LENIN, N., *Obras escogidas...*, p. 169.

⁵⁵ HOBBSAWM, Eric, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, 2010, p. 66.

⁵⁶ *Vid.* SPITZMULLER, H. W., *Opus cit.*, p. 91.

IV. LA GRAN GUERRA Y LA REACTIVACIÓN REVOLUCIONARIA

La implicación de Rusia en la Gran Guerra surgió como el resultado de su compleja imbricación en los asuntos balcánicos y de sus obligaciones derivadas de la alianza contraída en la Triple Entente con Gran Bretaña y Francia, pues el propósito de la política exterior zarista era neutralizar la influencia del Imperio austrohúngaro en la región balcánica, recientemente liberada del dominio otomano⁵⁷. Los acontecimientos sucedidos en Rusia en la primera década del siglo XX dibujan, como continuación histórica de las transformaciones ya sufridas en el último tercio del siglo precedente, una panorámica y una visión del ambiente tan deteriorado que latía en Rusia. Uno de los líderes liberales del Partido Democrático Constitucional, Vasily Maklakov, describía la situación comparando a Rusia con “un automóvil que se confiara a un chófer tan incapaz que inevitablemente lo conduce al desastre”⁵⁸. De esta manera se encuentra la lógica a la hora de entender el estallido de la Primera Guerra Mundial como una vía de escape para Rusia, pues el zar confiaba en que el conflicto bélico uniese, finalmente, al pueblo ruso mediante una causa común⁵⁹. Lejos de concretarse esta idea, la participación de la Rusia zarista en la Gran Guerra fue la mecha que encendió definitivamente el proceso revolucionario, pues la participación en el conflicto evidenció las carencias de Rusia, como ya sucediera en su particular conflicto con Japón.

La intervención en la contienda era sumamente impopular entre el pueblo ruso, pues no se encontraba en condiciones para un acto de semejante magnitud. La Primera Guerra Mundial brindó la primera oportunidad histórica para la emancipación de las masas occidentales, y los teóricos del socialismo vieron en las degradadas condiciones de vida de la población, agotadas por el conflicto, la esperada conjunción de requisitos para poner fin a una sociedad que se desmoronaba inexorablemente y construir, en su lugar, otra que consideraban más justa. A medida que transcurría el conflicto, la situación empeoraba y las consignas procedentes de los sectores bolcheviques lograron penetrar en todos los frentes combatientes.

Rusia, temerosa de un nuevo fracaso en su política balcánica, se encontraba ante la difícil alternativa de entablar una guerra en el exterior o sufrir una revolución en el interior y, finalmente, se decidió por la primera de ellas: el 30 de julio de 1914 se decretaba la movilización general del ejército y dos días más tarde recibía la declaración de guerra por parte de Alemania. En los primeros compases de la guerra, especialmente en 1915, Rusia comenzó a encadenar derrotas militares que provocarían la pérdida de sus posesiones territoriales (Polonia, Lituania y una parte de Bielorrusia cayeron en manos del ejército alemán) a las que se sumó la cantidad ingente de pérdidas humanas lo que minó la moral del ejército del zar

⁵⁷ MILNER-GULLAND, R., *Opus cit.*, p. 146.

⁵⁸ Vid. KOCHAN, Lionel, *Rusia en revolución*, Madrid, 1968, p. 339.

⁵⁹ TAIBO, C., *Opus cit.*, p. 23.

dando pie a la multiplicación de las deserciones⁶⁰. La desastrosa situación bélica que atravesaba Rusia se vio culminada por el colapso industrial (el reclutamiento obligatorio afectó, naturalmente, a la producción del sector) y el pertinente encarecimiento del nivel de vida debido a la escasez de alimentos.

En este contexto volvió a irrumpir la figura de Lenin, sorprendentemente ligada a los alemanes a fines del año 1916 y comienzos de 1917. En relación con la participación rusa en la Gran Guerra, el revolucionario ruso se alineó con el sector llamado internacionalista, que agrupaba en su seno tanto a bolcheviques como mencheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas. Este sector había rechazado la idea de guerra de defensa nacional, como era calificada por la burguesía⁶¹, a través del Manifiesto de Zimmerwald redactado por Trotsky en septiembre de 1915; no obstante, este grupo consideraba que guerras de tal signo habían sido las ocurridas, especialmente, entre los años 1789 y 1871⁶².

La Comisión que agrupaba a la izquierda socialista se encontraba dominada por la influencia de los revolucionarios rusos emigrados, destacando especialmente la figura de Lenin, y recordó a la clase obrera sus obligaciones mediante un llamamiento a los proletarios europeos: evitar ponerse “al servicio de las clases poseedoras” y obligar a los Gobiernos a concertar la paz “sin anexiones ni indemnizaciones de guerra”⁶³. Ciertamente, tales directrices no encontraron el eco suficiente entre los obreros europeos, pero aquella conferencia es considerada el germen de la revolución rusa y de la III Internacional.

Los alemanes, conocedores del rechazo de Lenin a la participación rusa en el conflicto al considerarla “indiscutiblemente una guerra imperialista”⁶⁴, diseñaron una estrategia que buscaba atraerse al revolucionario ruso y lograr que éste sacara a Rusia de la contienda facilitando, con ello, que Alemania se pudiera concentrar en el frente occidental. A cambio, los alemanes se comprometían a no impedir el desencadenamiento de un brote revolucionario en el país de los zares. Estas condiciones explican la llegada de Lenin a Rusia, procedente de Suiza en un tren sellado y atravesando Finlandia, como demuestra un telegrama emitido por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán que expresa lo siguiente: “Su majestad imperial ha decidido (...) que los revolucionarios rusos sean transportados a través de Alemania y provistos de material de propaganda para poder trabajar en Rusia”⁶⁵. El motivo de que la revolución rusa tuviera lugar en el momento más crítico de la Primera Guerra Mundial, y en buena medida como resultado de dicha conflagración, no se reduce al azar porque, como esgrime Carr, la guerra había

⁶⁰ TAIBO, C., *Opus cit.*, p. 23.

⁶¹ LENIN, N., *Obras escogidas...*, pp. 62-63.

⁶² *Ibidem*, p. 63.

⁶³ RENOUVIN, Pierre, *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, Madrid, 1995, p. 692.

⁶⁴ LENIN, N., *Obras escogidas...*, p. 252.

⁶⁵ *Vid.* CARRÈRE D'ENCAUSSE, H., *Opus cit.*, pp. 180-181.

asestado un golpe mortal al orden capitalista internacional y revelaba su inestabilidad intrínseca⁶⁶.

En el análisis de la revolución rusa de 1917 podemos advertir un doble proceso simultáneo, como consecuencia y causa del declinar capitalista. La Gran Guerra demostró que Rusia no estaba en condiciones de llevar a cabo una guerra victoriosa y su atraso económico limitaba su capacidad para afrontar una guerra larga y permitir la movilización de sus inmensos contingentes humanos. Rápidamente, el país se vio sumido en un grave problema de organización que repercutió en el abastecimiento tanto de las tropas militares como de los núcleos urbanos. Las sucesivas derrotas militares y el avance del enemigo en el interior del Imperio hicieron cundir el desaliento entre la población y llevó al propio zar a asumir el mando del ejército, lo que permitió que se centrasen en su figura las acusaciones de incapacidad ante los resultados que Rusia obtenía en la guerra. Todo esto permitió que las posturas contrarias a la guerra, que en 1914 se habían limitado a los bolcheviques, no cesaran de crecer. Rusia, agotada por la guerra y al borde de la derrota pero, como admite Hobsbawm, “madura para la revolución social”⁶⁷, se convirtió en el primer régimen de Europa que se hundió bajo el peso de la Primera Guerra Mundial.

La peculiaridad de la condición histórica de la revolución rusa residió en que precisaba de las consecuciones que Occidente había logrado en el siglo XIX. Realmente, Rusia careció de siglo XIX, como bien demuestra la literatura rusa de dicha centuria, cuyo rasgo principal fue su contenido de protesta, no sólo contra la institución zarista, sino también contra la democracia y el capitalismo burgués que afloraba en Occidente. Al mismo tiempo, la revolución rusa tuvo que incorporar lo obtenido por la revolución francesa y la revolución industrial, y conseguir en poco tiempo los avances materiales logrados por Occidente en el siglo XIX. En términos marxistas, como indica Carr, esta idea se expresa al afirmar que “la revolución de 1917 fue la realización de la revolución burguesa, así como el comienzo de la revolución socialista”⁶⁸. Ahora bien, en este sentido conviene destacar la matización de Trotsky, pues “la historia no se repite”⁶⁹, ya que por mucho que se quiera comparar la revolución rusa con la francesa no son simples repeticiones, pues lo contrario significaría que el siglo XIX ruso habría transcurrido en vano. Para Leon Trotsky el gigantesco esfuerzo requerido por la sociedad burguesa para solventar los impedimentos radicales de los señores del pasado sólo puede conseguirse, “bien mediante la poderosa unidad de la nación entera que se subleva contra el despotismo feudal, bien mediante una evolución acelerada de la lucha de clases dentro de esta nación en vías de emancipación”⁷⁰.

⁶⁶ CARR, E. H., *La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929)*, Madrid, 2002 (1979), p. 11.

⁶⁷ HOBBSAWM, E., *Opus cit.*, p. 67.

⁶⁸ CARR, E. H., *1917. Antes...*, p. 16.

⁶⁹ TROTSKY, L., *1905. Resultados...*, p. 161.

⁷⁰ *Ibidem*.

La inesperada prolongación de la Primera Guerra Mundial influyó de forma decisiva en la quiebra del zarismo ruso; por ello, el comienzo de la revolución rusa se sitúa en febrero de 1917, pues fue entonces cuando llegaron a la capital una multitud de revolucionarios proscritos procedentes de Siberia y desde el exilio en el exterior⁷¹. En la capital, Petrogrado (llamada así desde el comienzo de la guerra a causa del origen alemán de su nombre histórico, San Petersburgo), la situación era muy propicia para un movimiento revolucionario debido a las protestas obreras por la escasez de alimentos, la reducción de la producción industrial, la disolución del poder gubernamental y las funestas noticias remitidas desde los frentes que libraban las batallas de la Gran Guerra.

V. NICOLÁS II: ÚLTIMO ZAR DE LA DINASTÍA ROMANOV

En el mes de febrero de 1917, el zar había disuelto la Duma y los políticos reformistas, junto con un sector de la burguesía industrial y del ejército, exigían la abdicación de Nicolás II con la intención de implantar un régimen parlamentario. En este contexto, las huelgas y las sucesivas manifestaciones comenzaron a importarse a diferentes puntos geográficos, y el día 26 del mismo mes se produjo una cruel represión⁷² por parte de las fuerzas del orden zarista, dirigidas por Alexander Kornílov. Sin embargo, a las pocas horas, la guarnición de la capital se hermanaba con los huelguistas⁷³ y se liberaba a los presos políticos. Esta acción obligó al zar a presentar su renuncia el 2 de marzo de 1917, en lo que la historiografía se conoce como la *revolución burguesa* liderada por Alexander Kerenski.

El siguiente paso fue la formación de un ejecutivo provisional que, incluso, contó con el beneplácito de los aliados occidentales de Rusia que temían que pudiera retirarse de la guerra y alcanzar una paz con Alemania de manera bilateral⁷⁴, algo que finalmente sucedió. Este Gobierno de carácter temporal se desarrolló entre los meses de febrero y julio, siendo su principal pretensión dirigir una revolución típicamente burguesa. En cambio, como señala Hobsbawm, las masas de Petrogrado consideraron la abdicación del último zar de la dinastía Romanov, instalada en el poder durante más de tres centurias (desde la entronización de Miguel I en 1613), como un acto de apertura hacia la libertad y el acceso a la democracia⁷⁵. El resultado era mostrar la incompatibilidad entre la sociedad comunista despojada de clases y la existencia del Estado; en este sentido, Lenin lo resumía de la siguiente manera: “Mientras existe el Estado, no existe libertad. Cuando haya libertad, no habrá Estado”⁷⁶.

⁷¹ CARR, E. H., *La revolución rusa...*, p. 13.

⁷² En cualquier caso, la prensa liberal proclamó insignificante el número de víctimas en comparación con la cifra de cualquier combate librado en la guerra. Vid. TROTSKY, L., *Historia de la revolución rusa. La revolución de febrero*, Madrid, 1931, p. 114.

⁷³ TAIBO, C., *Opus cit.*, p. 24.

⁷⁴ HOBSBAWM, E., *Opus cit.*, p. 68.

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ Vid. CARR, E. H., *La revolución rusa...*, p. 16.

En aquella coyuntura, la responsabilidad del movimiento insurrecto surgido en febrero de 1917 giró en torno a la ciudad de Petrogrado y considerada la verdadera artífice del levantamiento. El apunte realizado por Trotsky sobre esta acción resulta interesante, cuando afirma lo siguiente:

“La revolución se llevó a cabo por la iniciativa y el esfuerzo de una sola ciudad, que representaba aproximadamente 1/75 parte de la población del país. Dígase, si se quiere, que el magno acto democrático fue realizado del modo menos democrático imaginable”⁷⁷

Sin embargo, en el seno de la plataforma del soviet de la ciudad de Petrogrado existían voces discordantes, aunque minoritarias, que se contentaban con establecer un régimen democrático de carácter liberal. Este punto de vista era compartido por los dos primeros dirigentes bolcheviques que habían regresado a Petrogrado: Kamenev y Stalin, quienes tomaron la decisión de cooperar con el Gobierno Provisional⁷⁸.

El gabinete del ejecutivo estaba compuesto en su mayoría por liberales, e inmediatamente el soviet impuso una serie de condiciones, aunque para Marc Ferro nunca tomó decisiones políticas⁷⁹. Entre las propuestas solicitadas destacaba el nombramiento de Kerenski como ministro de Justicia, pues se trataba de una persona cercana a la postura del soviet. Incluso, como apunta Service, el propio Kerenski pensaba que su nueva situación profesional le brindaba la posibilidad de “salvar a Rusia de la desintegración política y de la derrota militar”⁸⁰, lo que explica su decisión de instaurar una república parlamentaria cuando tomó las riendas del Gobierno provisional en sustitución de Lvov. Pero, las pretensiones de Kerenski chocaron con las intenciones de Kornílov, ya que éste buscaba instaurar una dictadura patriótica mediante la militarización y forjar un Estado similar al representado posteriormente por el fascismo italiano.

Lenin, por su parte, advertía sobre la posibilidad de que los acontecimientos y el devenir del proceso revolucionario se vieran frenados sin conseguir superar la fase burguesa definida por el estadio capitalista. El desarrollo de la situación posterior, en opinión de Carr, confirmaría el punto de vista de Lenin quien, además, se complacía por la situación que estaba atravesando Rusia y consideraba que era preciso eliminar cualquier rescoldo de la sociedad zarista⁸¹; al menos, eso evidenció en sus *Tesis de abril*, presentadas el día 4 en el Palacio de Tauride: “Hay que suprimir el Ejército, la policía, los funcionarios. Los electos tienen que ser inmediatamente revocables en todas las funciones. Paz inmediata. Todo el

⁷⁷ TROTSKY, L., *Historia de la revolución...*, p. 113.

⁷⁸ CARR, E. H., *La revolución rusa...*, p. 13.

⁷⁹ FERRO, Marc, *La revolución de 1917 (La caída del zarismo y los orígenes de Octubre)*, Barcelona, 1975, p. 210.

⁸⁰ SERVICE, R., *Opus cit.*, p. 66.

⁸¹ CARR, E. H., *La revolución rusa...*, p. 14.

poder a los soviets”⁸². El dirigente bolchevique incitaba implícitamente al derrocamiento del Gobierno Provisional y sugería el establecimiento de un orden socialista, empero, hubo de esperar ocho meses hasta que Lenin consiguiera persuadir a sus compañeros con las teorías expuestas por Karl Marx; es decir, para que la acción del partido no se viera rezagada de la sociedad⁸³.

En el movimiento emprendido a comienzos de 1917 no se mostraba interés por los principios democráticos parlamentarios cristalizados en Occidente, pues implícitamente se rechazaba la noción de autoridad centralizada y comenzaron a aflorar los sóviets de campesinos y obreros⁸⁴ para atribuirse el ejercicio de la autoridad de manera exclusiva, lo que llevó, por ejemplo, a los campesinos a apoderarse de la tierra⁸⁵. En realidad, la revolución de febrero no contentó al grueso de los bolcheviques pues, al contrario de lo que esperaban, al derrocamiento del régimen zarista no le había seguido una “dictadura provisional revolucionario-democrática del proletariado y el campesinado”⁸⁶. Los dirigentes bolcheviques, en su rechazo a la monarquía y al liberalismo, consideraban un anhelo la dictadura proletaria y, para ello, resultaba incuestionable la necesidad de infundir el terror⁸⁷ con el objetivo de conseguir lo antes posible la fase comunista.

En su conquista por el poder, el I Congreso de los Soviets proclamó, en el mes de junio de 1917, el derecho de los pueblos de Rusia a disponer de sí mismos. Un segundo Congreso celebrado en noviembre del mismo año confirmaba, definitivamente, este derecho como inalienable de los pueblos de Rusia. De acuerdo con la voluntad de ambos congresos, el Consejo de Comisarios del Pueblo decidió sentar las bases de su acción y precisó, en el asunto de las nacionalidades, los siguientes principios⁸⁸:

- Igualdad y soberanía de los pueblos de Rusia.
- Derecho de los pueblos de Rusia a disponer libremente de sí mismos, incluso hasta la separación total y la constitución en Estado independiente.
- Supresión de todos los privilegios y restricciones de carácter nacional o religioso.
- Libertad de desarrollo de las minorías nacionales y de los grupos étnicos que habiten en el territorio ruso.

⁸² Vid. FERRO, M., “La revolución rusa” en VV.AA., *Octubre rojo. Oleadas revolucionarias en Europa (1917-1921)*, Madrid, 1997, p. 39.

⁸³ *Ibidem*, p. 40.

⁸⁴ Esta conjunción de fuerzas quedará expresada en el símbolo adoptado por el comunismo: la hoz –campesinado– y el martillo –proletariado–.

⁸⁵ FERRO, M., *La revolución de 1917...*, p. 281.

⁸⁶ SERVICE, R., *Opus cit.*, p. 63.

⁸⁷ *Ibidem*.

⁸⁸ REED, John, *Cómo asaltaron el poder los bolcheviques. 10 días que conmovieron al mundo*, Barcelona, (s.d), p. 212.

VI. CONCLUSIONES

El fenómeno histórico de las revoluciones rusas, especialmente la ocurrida en el año 1917, constituye un punto decisivo en la historia contemporánea y se presenta como uno de los grandes acontecimientos del siglo XX. Este episodio representa, además, el primer desafío abierto al sistema capitalista, cuyo apogeo en Europa se apreciaba desde las últimas décadas del siglo XIX. Ahora bien, la revolución calificada de “proletaria” por los propios bolcheviques adquiere una connotación que resulta paradójica, pues se dio cita en un país donde el 80 % de la población pertenecía al campesinado y, además de esto, el proletariado era cuantitativamente más reducido en comparación con cualquier otro país de la Europa capitalista e industrializada.

La singularidad del proceso revolucionario ruso sirve para cuestionar los planteamientos formulados por Karl Marx, pues demostró que para desencadenarse una acción revolucionaria encaminada a instalar el socialismo era más propicio el estallido de las contradicciones y antagonismos sociales en un país atrasado que el propio grado de industrialización. En su defensa podemos alegar que el capitalismo había superado la fase industrial y se hallaba en un nivel financiero definido por la gestación de un mercado de dimensiones mundiales y cuyo proceso determinante era la exportación de capitales. En este sentido, la idea leninista que el propio dirigente bolchevique expuso en su obra *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo*, publicada en 1916, adquiere un gran significado y sirve de complemento a las teorías enunciadas por el filósofo de origen prusiano.

Precisamente la figura de Lenin se presenta de un modo trascendental en los episodios revolucionarios detectados en la Rusia zarista, pues se encargó de articular el proceso revolucionario a través de la organización política a través de un cuidadoso cálculo destinado a derribar el aparato zarista, primero de manera clandestina, y a continuación dirigiendo a las masas proletarias que protagonizaron la lucha en la esfera económica mediante la sucesión de diversas huelgas y manifestaciones. También esta concepción organizativa se contrapone diametralmente a los postulados marxistas, ya que el responsable del materialismo histórico depositaba su esperanza revolucionaria en el alzamiento espontáneo de las masas, si bien Marx estaba directamente influenciado por la etapa romántica de revoluciones que sacudieron Europa a mediados del Ochocientos.

Al margen de estas consideraciones teóricas, conviene destacar la situación social y económica que atraviesa el Imperio zarista en los momentos previos a los brotes revolucionarios. Esta situación es heredada de la coyuntura que se percibe ya a mediados del siglo XIX y que se caracteriza, principalmente, por dos factores esenciales: por un lado, el atraso industrializador que sufre Rusia con respecto a la mayoría de los países europeos (sobre todo si tenemos en cuenta las dimensiones geográficas del país de los zares), que se traduce en el estancamiento de las condiciones de vida; y por otro, el anquilosamiento de la vida política, que

desemboca en la reivindicación de una serie de cambios sociopolíticos acordes con las nuevas realidades. Estos indicios, que pueden entenderse como las demandas “pasivas” de un cambio en el rumbo del poder autocrático del zarismo, no impiden la aparición de otros elementos “activos” que se muestran con una mayor radicalidad en busca de acelerar tales cambios de manera drástica. En este segundo caso podemos citar como agentes revolucionarios la influencia del nihilismo, el anarquismo o el terrorismo; algunos ejemplos de esto son el asesinato del zar Alejandro II en el año 1881 o algunas obras del novelista Fiódor Dostoievski. En definitiva, el clima generado en los últimos compases del siglo XIX favorece el descontento e incrementa la oposición frontal que recibe la institución zarista.

A raíz de la atmósfera de conflictividad que se percibe en el cambio de centuria, los cuadros dirigentes del zarismo deciden adoptar una postura rígida e inflexible. Estas líneas políticas están acompañadas de una serie de demostraciones de fuerza que fracasan estrepitosamente, primero en el conflicto entablado con Japón y posteriormente con su implicación en la Primera Guerra Mundial. Ambos episodios se saldan con fuertes reacciones contra la política zarista y, concretamente, el segundo caso resulta ser el pretexto para encender una llama revolucionaria que finalmente desemboca en el alumbramiento de un régimen asentado en la ideología comunista. Éste régimen, a su vez, significa el triunfo de un sistema alternativo al modelo capitalista, plasmado en el nacimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a finales del año 1922, aunque para ello se hubo de librar una guerra civil en la que tomaron parte los Estados liberales occidentales, pues veían en el triunfo del proletariado una verdadera amenaza que comenzaba a proliferar en diferentes puntos del continente europeo, como por ejemplo el levantamiento espartaquista en Alemania.

Bibliografía y fuentes

- CARR, Edward H., 1917. *Antes y después*, Barcelona, 1970.
_____, *La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929)*, Madrid, 2002 (1979).
- CARRÉRE D'ENCAUSSE, Hélène, *Lenin*, Madrid, 1999.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio, *La revolución rusa*, Madrid, 1990.
- FERRO, Marc, *La revolución de 1917 (La caída del zarismo y los orígenes de Octubre)*, Barcelona, 1975.
_____, "La revolución rusa" en VV.AA., *Octubre rojo. Oleadas revolucionarias en Europa (1917-1921)*, Madrid, Historia 16, Colección Historia siglo XX, Núm. 6, 1997.
- HILL, Christopher, *La revolución rusa*, Barcelona, 1983.
- HOBSBAWM, Eric, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, 2010.
- KOCHAN, Lionel, *Rusia en revolución*, Madrid, 1968.
- LENIN, Nikolai (Vladimir Ilich Uliánov), *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Moscú, cop. 1981, pp. 79-82, (1902).
_____, *Obras escogidas en doce tomos*, tomo VI (Julio de 1916 – Julio de 1917), Moscú, 1976.
- MANDEL, Ernest, *Trotsky: teoría práctica de la revolución permanente*, México, 1983.
- MILNER-GULLAND, Robin, *Rusia. De los zares a los soviets*, Barcelona, 1990.
- POKROVSKI, Mijail N., *Historia de Rusia*, Madrid, 1977.
- REED, John, *Cómo asaltaron el poder los bolcheviques. 10 días que conmovieron al mundo*, Barcelona, (s.d).
- RENOUVIN, Pierre, *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, Madrid, 1995.
- RODRÍGUEZ FIERRO, Armanda, *La revolución rusa y el desarrollo de la URSS (1917-1939)*, Madrid, 1991.
- SANDOICA HERNÁNDEZ, Elena, "Las condiciones revolucionarias" en VV.AA., *Octubre rojo. Oleadas revolucionarias en Europa (1917-1921)*, Madrid, Historia 16, Colección Historia siglo XX, Núm. 6, 1997.

SERGE, Victor, *El año I de la revolución rusa*, Madrid, 2007, (1930).

SERVICE, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, 2000.

SPITZMULLER, Horace W., *Historia popular de la revolución rusa.*, Barcelona, 1932.

TAIBO, Carlos, *La Unión Soviética (1917-1991)*, Madrid, 1993.

TROTSKY, Leon, *1905. Resultados y perspectivas*, tomo 2, (s.l.), Ruedo Ibérico, 1971.

_____, *La revolución de 1905*, Barcelona, 1975.

_____, *Historia de la revolución rusa. La revolución de febrero*, Madrid, 1931.